

BRADU, FABIENNE. *Ecos de Páramo*. México: FCE, 1989.

A fines del siglo XXI, la crítica especializada preferirá editar *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* como se ha presentado tradicionalmente la Biblia: con un par de números entre paréntesis al final de cada versículo o frase o pasaje. Pues así será más fácil trabajar con una obra que para ese momento ya será canónica, objeto inamovible de culto, pretexto para monumentales bibliotecas de exégesis. Entonces, con la ayuda de esa edición crítica *sui generis*, bastará remitirse a tal o cual versículo de la venerable *opera magna* para que todos sepan de qué pasaje se trata. Tampoco faltará algún Borges que titule un poema "*Pedro Páramo*, xxv, 30" y que establezca así con la novela delicadas y eruditas líneas de intertextualidad.

Pero, sobre todo, una edición semejante permitiría publicar después una selección de las observaciones más pertinentes y originales que se hubieran hecho a lo largo de casi ciento cincuenta años sobre cada párrafo, cada línea o cada palabra de, por ejemplo, *Pedro Páramo*: siguiendo un sistema de glosa, se citarían después de cada segmento textual las tres o cuatro exégesis elegidas. En ese caso, no faltarían varias de las anotaciones que hace Fabienne Bradu cuando toma el paradigma de lo audible y el de lo enunciado o emitido y descubre en *Ecos de Páramo* algunas relaciones de sentido intra- y extratextual de la célebre novela.

Otras cosas, además de estos descubrimientos, podemos agradecer a Fabienne Bradu: una es la ausencia de los lugares comunes que —sobre todo en las primeras líneas o páginas— lastran a muchos de los textos acerca de Rulfo. (Véase por ejemplo la contraportada del mismo *Ecos de Páramo*: antes del primer punto y seguido ya se nos regalaron dos de los ripios tradicionales sobre el autor jalisciense; claro que puede replicarse que una contraportada no es tan importante como un estudio, pero la realidad es que ese tipo de textos ocupa un lugar privilegiado en la comunicación literaria.) Otra es la estructura del propio volumen, que en su brevedad y en su fragmentación homenaja claramente el objeto de estudio y que nos permite hacer una lectura intensa y nada fatigosa.

Efectivamente, *Ecos de Páramo* (título que ya sugiere un eco del original) no es un flujo discursivo constante —contrapunteado o remachado por las notas a pie de página y presentado en capítulos—, sino un flujo que se detiene, pone un asterisco y vuelve sobre el mismo tema o bien toca otro cuya relación con el precedente queda en vilo, del mismo modo que en la novela no se precisa casi nunca el tránsito de un episo-

dio y un tiempo a otros: tanto el objeto de estudio como el estudio mismo dejan al lector la tarea de verificar si esa transición comporta de por sí un sentido.

Por lo demás, el libro de Fabienne Bradu es también una reunión de ecos: resuenan voces familiares, como las de Frazer (24), Bachelard (19, 21), Jung (18), Cioran (40). De hecho, es la de Rulfo la que abre el libro cuando evoca la forma como él mismo oyó o intuyó las voces de su novela (11). Después, la autora reflexiona sobre el eco (15-16) y esta reflexión queda envuelta —antecedida y seguida— por otra sobre los muertos y su relación con los ecos (14-17). Luego, como variación del tema anterior, viene una de las páginas mejores del libro, que trata curiosamente uno de los aspectos y personajes menos estudiados de nuestra biblia mexicana: el tartamudeo del peón que va a avisar a Pedro Páramo que Fulgor fue asesinado; Fabienne Bradu anota que las “palabras con que se tropieza el Tartamudo [...] tienden a formar sonidos expresivos [...]” (22). En otras palabras, constata cómo el autor aprovecha para sugerir o introducir un significado incluso ahí donde aparentemente —o normalmente— se ha emitido un puro ruido involuntario, sílabas sin ninguna intención de sentido por parte del hablante. También es certera la observación de que el tartamudeo —contrastando con el mensaje transmitido: “la muerte de Fulgor Sedano, la peligrosidad de los revolucionarios” (22)— “tiende a relativizar la imagen magnificada de la Revolución y a tornar en motivo de burla las apuestas de esta lucha tradicionalmente solemnizadas por su carga ideológica” (22-23).

Libro que en su forma celebra los fragmentos rulfianos, *Ecos de Páramo* reflexiona también sobre ellos y, consecuentemente, sobre los vacíos que los separan. Sin citarlo, la autora tiene como trasfondo el pensamiento de Wolfgang Iser, el gran teórico de los blancos o vacíos de información en el texto literario. Los blancos entre cada fragmento rulfiano son de hecho el ejemplo típico de cómo puede generarse sentido a través de la ausencia de cualquier marca lingüística. Ahora bien, para Fabienne Bradu se trata de “blancos vacíos, que no contienen absolutamente nada significativa” (27). Más adelante reitera que los “espacios en blanco son diques de nada, que comprimen, que impiden el diálogo, el intercambio, la transformación” (28). Estas mismas afirmaciones —y otras, entre aquella y ésta, donde se hace evidente que los blancos han dicho en realidad bastante a la misma autora— comprueban que, en efecto, es más difícil interpretar fehacientemente las marcas no lingüísticas que las lingüísticas en el texto literario. Pues otros lectores podrían haber visto —o llegar a ver— en esos mismos blancos una o varias fun-

ciones narrativas que no se mencionan aquí y que sin duda comportan un sentido tal vez simplemente aún no descubierto, tal vez reservado para los lectores rulfianos del siglo XXI.

En todo caso, el libro sigue siendo más adelante rico en sugerencias, como cuando se dice que el “antes y el después se reconocen y se confunden por algo tan intangible como el aire” (36). También son interesantes las líneas dedicadas a las cursivas (31) y, más adelante, a la relación entre Dolores y Juan (34-36). Con la libertad de movimiento que le permite la estructura del discurso elegida, Fabienne Bradu pasa inmediatamente después al examen de una sola palabra, “untado”, un calificativo “que Rulfo usa con cierta frecuencia y predilección” (36). Luego establece un nexo entre la música medieval y los murmullos de Dolores (37), y tampoco se le escapa la pertinencia que tiene para su estudio la “sobreabundancia de palabras” en que incurren todos los personajes, incluidos los muertos (38).

Una reseña es también una impensada antología: su autor va eligiendo y destacando los aspectos a su juicio más interesantes del libro que presenta y va dejando en una relativa sombra otros detalles sin duda sugestivos. De *Ecós de Páramo* pueden aún practicarse cortes diferentes o complementarios del que aquí he propuesto.

ALBERTO VITAL

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

Seminario de Historia de la Educación en México. *Historia de la lectura en México*. México: Ediciones del Ermitaño / El Colegio de México, 1988.

De un tiempo a esta parte, la *lectura* ha sido un punto de convergencia de las más disímiles indagaciones literarias. La estética de la recepción finca en ella el desafío de la historia de la literatura. La poética de la voz investiga las maneras de leer (y las circunstancias de lectura) dentro de culturas tradicionales. Se reconstruye el catálogo de las bibliotecas populares. La historia de las mentalidades documenta horizontes imaginarios, cambios de sensibilidad, a través del análisis de variadas experiencias de lectura.

En el ámbito hispánico, esa atención ha dejado huellas en el análisis